

DURREL y Durrel

Gerald Durrel nació en 1925 en la India, donde disfrutó por poco tiempo de las ventajas de la sociedad colonial inglesa. Cuando tenía tres años de edad, su familia se fue a vivir a la soleada isla griega de Corfú, donde el muchacho vivió once años entre tutores pagados, salidas al campo y campesinos olorosos a ajo. El Dr. Stefanides, un culto naturalista griego, le regaló su primer microscopio y estimuló con rara paciencia su curiosidad por cuanta planta y animal descubría.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, Durrel viajó por todo el mundo cazando animales para los zoológicos (“En las brumosas selvas de Costa Rica he contemplado el hermoso vuelo del quetzal...”). Aunque ahora es un anciano gordo, muy diferente del lindo niño que aparece en una foto del año 36, don Gerald no ha cambiado en su cualidad más importante: todo lo que emprende lo hace de manera excelente y con absoluto éxito, desde sus documentales para la televisión —en la cual incluso ha visto su autobiografía teatralizada— hasta sus absorbentes libros, muchos muy bien ilustrados. Mi ilustración favorita, sin embargo, no es de alguna planta o pequeño animal, sino una foto de él en la Plaza Roja, junto a su bella esposa quien viste una blusa muy ajustada. Para colmo de su suerte, el viejo Durrel está casado con una mujer no solamente hermosa, sino mucho más joven e igualmente reconocida en su campo. Sólo veo una manchita en el historial: como en el título de este artículo, don Gerald acostumbra que el nombre de su esposa aparezca minúsculo e inconspicuo, abajo del suyo, en las obras que escriben juntos. A pesar de esta poco galante injusticia, digna de la ley de igualdad femenina, propongo un brindis con vino griego por este raro ejemplar del éxito, sin duda uno de los pocos humanos que merecen poder morir en paz cuando llegue el momento.